

La respuesta de Hume consiste en apelar a un rasgo especial de nuestra imaginación:

A la imaginación le pertenece un conjunto de pasiones de las que dependen en gran medida nuestros sentimientos hacia la belleza. Estas pasiones son movidas por grados de vivacidad y vigor inferiores a la *creencia* e independientes de la existencia real de sus objetos. Cuando un carácter es apropiado, en todos los aspectos, para serle beneficioso a la sociedad, la imaginación pasa fácilmente de la causa al efecto sin preocuparse de que todavía falten algunas circunstancias para que la causa sea completa. Las reglas generales originan una especie de probabilidad que a veces influye sobre el juicio, y siempre sobre la imaginación (T:585).

Así pues, la imaginación es movida por grados *menores* de vivacidad, y por ello asocia las cualidades *apropiadas* para producir efectos beneficiosos con esos efectos, se hayan producido o no estos últimos. Esto da lugar a una simpatía que entonces determina nuestro juicio.

2. Observemos en este punto que Hume debe introducir, como reconoce explícitamente, un segundo tipo de corrección en nuestros juicios morales: somos más afectados por un carácter virtuoso cuando produce realmente resultados beneficiosos, pero no *decimos* que es más virtuoso que otro carácter igualmente apropiado para hacerlo. Observa Hume (T:585):

Sabemos que un revés de fortuna puede hacer que la disposición benevolente quede enteramente impotente, y por ello separamos, en la medida de lo posible, la fortuna de la disposición. Es el mismo caso que cuando corregimos los diferentes sentimientos hacia la virtud según las distancias desde las que la percibimos. Las pasiones no siempre responden a nuestras correcciones, pero estas correcciones sirven suficientemente para regular nuestras nociones abstractas y son [estas correcciones] las únicas que tenemos en cuenta a la hora de pronunciarnos en general sobre los grados de vicio y virtud.

Separamos, pues, el carácter virtuoso de sus circunstancias afortunadas o desafortunadas. Esta separación la hacemos en nuestros *juicios*, y son nuestros juicios, no nuestros sentimientos reales, los que regulan nuestras nociones abstractas que, a mi entender, conforman nuestras concepciones morales de las virtudes.

Así pues, la explicación humeana del juicio moral es *doblemente hipotética*.

En primer lugar, estos juicios son gobernados no por nuestras simpatías reales en la vida diaria, que varían de persona a persona, sino por las simpatías que sentiríamos si asumiéramos el punto de vista del espectador juicioso. Pero también:

En segundo lugar, nuestros juicios sobre las personas son gobernados no por las simpatías que sentiríamos incluso desde ese punto de vista, sino por las simpatías que sentiríamos desde ese punto de vista si, de hecho, esas personas tuvieran la buena fortuna de producir los buenos efectos, para producir los cuales en circunstancias normales sus caracteres resultan apropiados.

§5. EL PAPEL EPISTEMOLÓGICO DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

1. Hasta aquí no he hecho más que exponer la idea humeana del espectador juicioso comentando las citas del texto. Hecho esto, podemos discutir ahora el papel *epistemológico* del punto de vista del espectador, esto es, podemos explicar cómo, aplicando los principios psicológicos de Hume, hacemos distinciones morales. De este modo:

a) *Conocemos* las virtudes y los vicios en función de los *peculiares* sentimientos morales que experimentamos al adoptar ese punto de vista, sentimientos que surgen como resultado de una simpatía transmutada (véase más adelante).

b) Lo que nos mueve a actuar de acuerdo con nuestros sentimientos morales es una cuestión completamente distinta. En efecto, lo que nos mueve depende, por ejemplo, de que deseemos tener un carácter (según dice Hume), es decir, de que queramos ser estimados como virtuosos por nuestros amigos y colegas, y de que queramos ser virtuosos como resultado de nuestra crianza y educación familiar (T:500 y sig., 620 y sig.). El fundamento de estos motivos exige que los expliquemos por separado.

2. Reconocemos las distinciones morales desde el punto de vista del espectador juicioso al experimentar simpatía de una forma *espe-*

cial: con un sentimiento *peculiar* (y distintivo) de aprobación moral, descrito a veces como un tipo peculiar de placer (T:471 y sig.) o de gusto moral (T:581). Así que, cuando el mecanismo de la simpatía entra en acción, los placeres ajenos a los que respondemos desde ese punto de vista son transmutados en un sentimiento moral, peculiar y distintivo, que se nos da a conocer en nuestra experiencia moral. Este sentimiento ya basta para determinar nuestro juicio y, por lo tanto, para explicar nuestro acuerdo toda vez que adoptamos el punto de vista del espectador juicioso.

Hume opone el papel epistemológico de la simpatía de esta guisa transmutada a su papel motivacional cuando dice (T:583 y sig.): «Todo esto [nuestra simpatía por los demás desde el punto de vista del espectador] está lejos de ser tan intenso y vivaz como cuando es nuestro propio interés el que se ve implicado [...] ni tampoco tiene igual influencia en nuestros sentimientos de amor y odio. Pero como se ajusta por igual a nuestros principios serenos y generales, se dice que tiene la misma autoridad sobre nuestra razón y que gobierna nuestros juicios y opiniones». Así, cuando en la vida cotidiana comparamos una acción de alguna figura histórica con la de nuestro vecino, siendo ambas igualmente censurables (T:584), «[E]sto significa que sabemos por reflexión que esa primera acción habría despertado sentimientos tan fuertes de desaprobación como la última, de estar colocada en su misma posición». Además, y ya lo hemos citado: «Sabemos que un revés de fortuna puede hacer que la disposición benévola quede enteramente impotente, y por ello separamos [...] la fortuna de la disposición. [...] [E]stas correcciones [...] regula[n] nuestras nociones abstractas y son las únicas que tenemos en cuenta a la hora de pronunciarnos [...] sobre los grados de vicio y virtud» (T:585). De nuevo: «Si queremos que controlen nuestras pasiones, los sentimientos deben llegar al corazón; pero para ejercer influencia sobre nuestro gusto [moral], no necesitan ir más allá de la imaginación» (T:586).

De este modo, la simpatía transmutada en sentimiento moral hace su trabajo determinando nuestros juicios, haciendo así posible el acuerdo general. Cuestión completamente diferente es la de por qué somos movidos a adoptar esta posición y a actuar a partir de los juicios que formamos en ella. Volveré sobre esto más adelante en la sección 7.

3. Lo que ahora preguntaré es si Hume ofrece un análisis de los juicios morales del tipo que esperaríamos encontrar en una obra

contemporánea, y si ese análisis respalda la idea de que el principal papel del punto de vista del espectador juicioso es epistemológico.

Yo considero improbable que Hume pretenda en absoluto hacer un análisis en el sentido contemporáneo del término. Pueden hacerse muchos análisis diferentes a partir de sus observaciones, que son bastante vagas, con variaciones frecuentes en la misma página, como por ejemplo en el párrafo 3 de III:i:2 (T: 471 y sig.), todo lo cual muestra, a mi entender, que Hume no pretende ese tipo de análisis. Si lo pretendiera tendría cuidado de atenerse a un único análisis. Además, no está claro si Hume sabe lo que significa análisis en nuestra acepción del término. Pero es que la pregunta está fuera de lugar, pues Hume no tiene por qué contestarla para hacer lo que quiere hacer. Su objetivo es explicar, mediante principios extraídos de su ciencia de la naturaleza humana, cómo hacemos realmente distinciones morales; y ofrece una explicación psicológica de los juicios morales y de su papel social. Esto no es lo mismo que aportar un análisis del significado de los juicios morales.

Si, no obstante, preguntamos por cuál es el análisis familiar de los juicios morales (en nuestro sentido) que mejor se compadece con la concepción de Hume, entonces parece que hay dos grandes candidatos. Uno es alguna especie de análisis del observador ideal, que podemos encontrar en algunos pasajes tales como: «Sólo cuando un carácter es considerado en general y sin referencia a nuestro interés particular causa esa sensación o sentimiento en virtud del cual lo denominamos moralmente bueno o malo» (T:472). O el texto que citamos la última vez del párrafo 6 de III:i:1: «Cuando reputáis de viciosos una acción o un carácter, no queréis decir otra cosa que, dada la constitución de vuestra naturaleza, experimentáis una sensación o sentimiento de censura al contemplarlos» (T:469).

Podríamos, pues, decir que la afirmación de que una cualidad del carácter es moralmente virtuosa significa que sería aprobada por cualquier persona normal (con las facultades normales de la razón, el sentimiento y el juicio) cuando esa persona adopta el punto de vista del espectador juicioso.

4. El otro candidato es un análisis proyectivo sugerido por Mackie.¹ La idea principal es que la concepción humeana de los juicios morales corre paralela a su concepción de nuestras creencias sobre

1. Mackie, *Hume's Moral Theory*, págs. 71-75.

las conexiones causales necesarias. Así como en esta última atribuimos un poder o una conexión necesaria a los objetos, que nunca observamos en ellos (T:169), así también en nuestros juicios morales atribuimos a las cualidades del carácter atributos morales de virtud o vicio, que tampoco observamos en ellas (T:468 y sig.). Somos empujados a hacer tal cosa por nuestras sensaciones y nuestros sentimientos, los cuales *proyectamos* en lo que está siendo juzgado.

Esta segunda versión se ve respaldada por diversos textos. Es sugerida en un paso de Hume, cuando dice (T:471): «No inferimos la virtud de un carácter del hecho de que nos plazca. Por el contrario, es porque sentimos que nos place de un modo particular por lo que en efecto sentimos que es virtuoso». Si aquí interpretamos el «sentimos que» como si expresara un juicio, entonces tenemos una interpretación proyectivista de esta proposición.

Aunque con esto apenas hemos avanzado, es sugerente que al explicar la conexión causal Hume diga: «Es común observar que la mente muestra gran propensión a *extenderse* [la cursiva es mía] sobre los objetos externos y a unirles cualquier impresión interna que ellos ocasionan, y que hace siempre su aparición al mismo tiempo que estos objetos se manifiestan a los sentidos» (T:167). Este pasaje parece aplicarse de forma natural a los juicios morales. Hay además una afirmación explícita posterior en la *Investigación* (294): «Se determinan fácilmente las fronteras de la razón y del gusto. La primera transmite el conocimiento de la verdad y la falsedad. El segundo proporciona el sentimiento de belleza y deformidad, vicio y virtud. Una descubre los objetos tal como se encuentran en la naturaleza, sin ponerles ni quitarles nada. El otro tiene una facultad productiva, y *adornando o tiñendo* [las cursivas son mías] todos los objetos naturales con los colores prestados por el sentimiento interno, hace surgir en cierta forma una nueva creación».

Esta interpretación proyectivista explica, pues, por qué Hume toma de Hutcheson el término «sentido moral», y por qué compara los atributos morales con las cualidades secundarias. También se compadece bien con la creencia de Hume de que el punto de vista del espectador ordena nuestro uso del lenguaje moral; pues, dado el acuerdo en nuestros sentimientos (en cuanto proyectados), de forma bastante razonable, aunque equivocada, suponemos que los predicados «virtuoso» y «vicioso» denotan ciertas propiedades o cualidades del carácter.

Me inclino a favor de esta concepción proyectiva, no porque sea la de Hume, por supuesto, sino porque si preguntamos cuál es la concepción contemporánea que mejor casa con sus objetivos, ésta es quizá la candidata más firme. Es menos un análisis del significado y más una explicación de cómo formamos los juicios morales y de por qué suponemos erróneamente que estos juicios atribuyen propiedades a las cosas. Si lo entendemos así, este análisis encaja perfectamente en su ciencia de la naturaleza.

§6. ¿TIENE HUME UNA CONCEPCIÓN DE LA RAZÓN PRÁCTICA?

Consideremos ahora si la teoría humeana del espectador juicioso y su papel epistemológico incluye una concepción de la razón práctica, o si es más bien una teoría de los procesos psicológicos en los que se expresan nuestros juicios morales. Yo creo que, para el propio Hume, es una teoría psicológica. Hay empero textos que sugieren que, si la presionamos, podría ser una concepción del razonamiento práctico. He aquí dos formas de presionarla.

Podríamos utilizar, en primer lugar, el punto de vista del espectador juicioso como criterio para elaborar o construir lo que deberían ser nuestros juicios. Dada la concepción de ese punto de vista como doblemente hipotético, podemos calibrar analíticamente cuál sería el contenido de las aprobaciones del espectador juicioso, considerando los diversos tipos de cualidades del carácter o considerando ciertas acciones e instituciones. Podría detallarse este contenido de tal forma que proporcionara un contenido de la moral mutuamente reconocido. Una vez justificado el uso público de este criterio en virtud de sus propiedades varias —por ejemplo, en virtud del hecho de que caracteriza un punto de vista general y estable desde el que se toman imparcialmente en consideración (con ulteriores elaboraciones según se necesiten) los intereses de todos—, las bases precisas para aceptar este criterio habrían quedado establecidas.

Alternativamente, podríamos simplemente introducir algo parecido al principio de utilidad de Bentham o de Sidgwick como el principio fundamental del razonamiento práctico. Una razón para hacer esto podría ser que, sobre la base de concepción humeana de nuestra psicología moral, ese principio se adapta bien a nuestra naturaleza y sería fácilmente aceptado. En este sentido, las cuestiones